

Niveles de análisis en el estudio de unidades habitacionales

Linda MANZANILLA

(Universidad Nacional Autónoma de México)

INTRODUCCION

El estudio de áreas de actividad y contextos domésticos es un campo de investigación que ha sido muy socorrido a últimas fechas. Actualmente escuchamos términos como «arqueología contextual», «arqueología doméstica», «arqueología espacial», «arqueología del comportamiento», etc. que ponen en evidencia el creciente interés en el significado del registro arqueológico.

El siguiente trabajo es producto de una inquietud frente a la ligereza con que algunos arqueólogos interpretan el registro arqueológico y a la falta de rigor con que se aborda el tema de la función de los contextos.

En la segunda mitad de este siglo se han dedicado numerosas páginas a la distribución de sitios arqueológicos en el paisaje, en lo que se ha dado por llamar «la arqueología de patrones de asentamiento». Así, la escala regional de análisis espacial ha sido privilegiada por encima de otras escalas, ya que se pretende derivar de dichos patrones de ordenamiento, inferencias sobre:

1. el diverso aprovechamiento de recursos heterogéneamente repartidos en la comarca (Sanders *et al.*, 1979; Adams, 1981),
2. la centralización de bienes y servicios por parte de ciertas localidades respecto a otras,
3. las relaciones de intercambio entre los componentes del sistema regional (véase Renfrew, 1975, 1977),
4. la historia demográfica del área (Sanders *et al.*, *op. cit.*; Adams, 1981),
5. la existencia de sistemas políticos (Renfrew, *op. cit.*) y de jerarquías administrativas (Wright y Johnson, 1975), etcétera.

Sin embargo, a pesar de las ventajas que una perspectiva regional pudiese tener para un primer nivel de análisis, el objetivo de este trabajo es proponer que sin un adecuado estudio de escalas espaciales menores (el

área de actividad, el conjunto doméstico), las consideraciones anteriormente enunciadas serán puramente hipotéticas. En ocasiones, incluso podrían llevar a la generación de cifras —sean éstas de tipo demográfico, de área de ocupación, etc.—, que no tienen un sustento fáctico adecuado.

Por otro lado, los estudios de patrones de asentamiento frecuentemente se basan en información de superficie: distribución de materiales arqueológicos, ubicación de estructuras, número de sitios localizados por periodo. Sin embargo, las inferencias derivadas de estos datos primarios a menudo son consideradas firmemente cimentadas, cuando la validez de los mismos datos puede ser puesta en duda. Los argumentos para realizar este ejercicio lógico serían los siguientes (Manzanilla, 1983):

1. En primer lugar, los factores que yacen detrás de la migración de los materiales arqueológicos a la superficie pueden ser de tan diversa índole que, dependiendo de la posición de la localidad en diversos sectores de una unidad geomórfica, éstos quizá no son comparables al interior de una misma región.

El cultivo de la tierra, sea por medios tradicionales, como por técnicas mecanizadas, es un primer factor a considerar. La profundidad de penetración de la hoja del arado o del disco del tractor determinará cuánto de la última ocupación es perturbada. Sin embargo, existen otros factores naturales que causan la remoción de los vestigios arqueológicos de sus contextos de abandono: la erosión pluvial, fluvial y eólica, la tectónica, el desalojo por gravedad pendiente abajo, etc. Estos mecanismos actúan de manera diferencial según sea la ubicación del sitio: en la llanura aluvial, en la falda de los cerros, en la cercanía de torrentes, en una región de dunas, etcétera.

Por lo tanto, el tipo de instancias que se ven directamente afectadas por estas consideraciones y las que siguen a continuación son la extensión de los diversos sitios, por ende, el número de habitantes y su clasificación en un orden jerárquico de tipos de asentamiento.

2. En segundo lugar, es un caso común en muchas áreas del mundo que un sitio arqueológico cuente con varias ocupaciones parcial o totalmente superpuestas. De ahí se desprende que generalmente la que está más cercana a la superficie —la más tardía— sea la que esté más alterada y mejor representada arriba. Empero, las que se encuentran debajo de ésta no tienen las mismas probabilidades de figurar en superficie, y los factores que determinarán dicha presencia dependen de la fuerza de los agentes de alteración, las profundidades a las que se encuentran las diversas ocupaciones, el tipo de materiales constructivos con que fueron edificadas, la forma del colapso y abandono, etc. Sin excavación, pues, no se pueden acertar estos parámetros.

3. En tercer lugar, para hacer inferencias sobre relaciones de intercambio o jerarquías de sitios, los arqueólogos que trabajan sobre patrones de asentamiento se basan en lo que denominan «índices diagnósticos» de

cerámica, lítica y otros materiales. A través de estos índices se presupone una contemporaneidad entre los sitios. Sin embargo, hay varias preguntas que habría que responder antes.

Generalmente en sociedades preindustriales, los artesanos que producen nuestros «índices» viven en las localidades de mayor importancia económica y política. En estos sitios la tasa de cambio tecnológico a menudo es más rápida que en otros lugares dependientes, que son receptores de las innovaciones tecnológicas. Así, es frecuente observar que en las zonas rurales perduran mucho más tiempo ciertas modas y formas que ya han sido superadas en sitios rectores. Sin embargo, el arqueólogo usa formas o decoraciones específicas para hacer un corte de contemporaneidad, cuando puede ser que en la realidad haya un desfase temporal entre el uso que se hace de los productos artesanales en los diversos sitios de una región.

4. Por último, mencionaremos que los espacios funcionales al interior de un asentamiento rara vez se pueden delimitar con precisión desde la superficie. Estos espacios pueden ser descritos como residenciales, de desecho (basureros), de almacenamiento, de producción de bienes de subsistencia (huertos, campos de cultivo, áreas de cría de animales domésticos), de manufactura, además de áreas públicas, administrativas y de culto (Adams y Nissen, 1972: 30).

En ocasiones es difícil discriminar entre un verdadero taller y un basurero que tenga los derechos del trabajo específico. Por otra parte, sospechamos que muchas cifras demográficas están infladas, al no considerar que existen extensos sectores de los asentamientos destinados al almacenamiento y posiblemente a labores productivas primarias.

Al percatarse de las limitaciones que los cálculos de extensión de materiales pudiesen tener respecto a los cómputos demográficos, varios autores han buscado otro tipo de indicadores (véase Cohen, 1975; Manzanilla, 1986b): el volumen de alimentos consumidos (mariscos, por ejemplo), el número de tumbas en un cementerio, la cantidad de casas o la magnitud de edificios públicos. Muchos de estos parámetros no pueden ser discernidos sin excavación.

De esta larga introducción, quisiera desprender las siguientes conclusiones:

1. Los datos de superficie sirven únicamente como generadores de hipótesis que siempre deben ser contrastadas con excavación. La información procedente de la excavación, a su vez, debe servir de ponderación para otros datos de superficie, en proceso de retroalimentación constante (Barba y Manzanilla, 1987).

2. Siguiendo a Oates (1972: 301), sin excavación es imposible establecer el límite de un asentamiento, especialmente cuando tiene otros niveles de ocupación superpuestos.

3. El tipo de asentamiento, su lugar en una jerarquía de sitios y las

interrelaciones que tiene con otras localidades en una misma región son aspectos complejos que deben ser atacados siempre y cuando se tengan satisfechas las siguientes premisas:

- que los sitios analizados sean contemporáneos entre sí;
- que se tenga la información pertinente de una muestra suficientemente amplia de cada sitio como para hacer comparables las conclusiones;
- que para hablar de interrelaciones, se contemple el cruzar los datos de los sectores de producción con los contextos de uso y consumo, con el fin de evaluar qué sectores sociales tienen acceso a qué bienes y materias primas, y qué instituciones median en la circulación y distribución de éstas.

A continuación abordaremos el problema del área de actividad y el conjunto doméstico como unidades de análisis.

I. EL AREA DE ACTIVIDAD

A nuestro parecer, es el área de actividad la unidad espacial mínima del registro arqueológico en la que las acciones sociales quedan impresas. Un área de actividad sería la concentración y asociación de materias primas, instrumentos y desechos en volúmenes específicos, que reflejen acciones particulares (Manzanilla, 1986a: 11).

Algunos arqueólogos, como Kent (1987: 2), han elegido a la etnoarqueología como la manera de desarrollar métodos y «teorías» para la investigación sobre áreas de actividad. Hemos preferido quedarnos en un análisis más convencional que ponga énfasis en los patrones de distribución de información arqueológica y paleobiológica en las estructuras domésticas (Hill, 1968; Flannery, 1976), pero hemos añadido una nueva dimensión para contrastar los otros órdenes de datos: el análisis químico de los pisos (fosfatos, carbonatos, pH y color, en un primer nivel de análisis) (Barba, 1986).

Podríamos clasificar las áreas de actividad, siguiendo a Schiffer (1972), en áreas de: abastecimiento, manufactura, uso-consumo, almacenamiento y desecho. O bien podríamos ordenarlas, excepto las de desecho, según nuestra propuesta (Manzanilla, 1986b: 281), en la que los tipos de producción (sean éstos de elementos de subsistencia, de manufactura y de construcción) se cruzan con los tipos de consumo y uso que se hace de ellos (individual/familiar inmediato, productivo, en la rama de la distribución y el intercambio, en la instancia política y en la instancia ideológica).

Así, un almacén doméstico sería una construcción destinada al consumo productivo; un taller de producción de cerámica ritual sería un contexto de producción artesanal en la instancia ideológica; un sector de molienda sería un área dedicada a la preparación de elementos de subsistencia para el consumo individual/familiar, etcétera.

De lo anterior se desprende nuestra propuesta de no sólo localizar las áreas de abastecimiento y extracción de materias primas, no sólo definir los sectores de transformación y manufactura, sino observar también a dónde fueron a parar los productos, es decir, dónde son usados o consumidos.

Por tanto, no sería lo mismo una navajilla prismática de obsidiana que es usada como instrumento de corte en un área doméstica, que el mismo instrumento usado para autosacrificio en un contexto ritual, aun cuando ambos objetos hayan sido producidos en el mismo taller.

Dentro de los contextos en los que intervienen elementos de subsistencia para consumo individual estarían las áreas de preparación de alimentos (destazamiento, molienda, cocción). Generalmente las zonas en que el destazamiento de animales ha tenido lugar presentan no solamente residuos óseos de dicha actividad y quizá algún instrumento roto u olvidado, sino, a nivel químico, producen concentraciones de fosfatos y quizá de hierro. Las áreas de encendido de fuego no sólo se atestiguan por concentraciones de ceniza y carbón, en ocasiones rodeadas por círculos de piedra, sino por una elevación en el pH del suelo y un cambio de color (Barba, 1986). Otras áreas de preparación de alimentos, como serían los hornos de pan o los sectores de preparación de tortillas de maíz, se reconocen sea por las estructuras específicas que sirven para tal efecto en el primer caso, sea por las altas concentraciones de carbonatos de calcio y la presencia de comales para cocerlas, en el segundo.

Los sectores destinados al almacenamiento pueden ser analizados desde una perspectiva que contemple, en primer lugar, su ubicación y tipo de construcción (Manzanilla, en prensa). Así, podríamos hablar de:

1. La estructura que sirve para almacenar. En una primera dimensión de carácter descriptivo, se puede diferenciar si se trata de un contexto interno en otra construcción (objetos como ollas, bandejas, cajas; construcciones como cuartos o pozos troncocónicos). También podría tratarse de contextos externos, sean éstos trojes y graneros o pozos troncocónicos, así como casos eventuales de depósito de alimentos en nichos en cuevas.

2. Podríamos analizar también la escala a la que se presenta el fenómeno del almacenamiento, tanto a nivel de sitio (almacenes familiares, comunales o centralizados), como a nivel de región (según el lugar que el sitio ocupe en una jerarquía política y económica). En este caso, dependiendo de la asociación del almacén con una casa, un palacio o un templo, o si se encuentra en el centro de la aldea, inferiríamos fenómenos que yacen en el ámbito de la organización de la producción y la centralización del excedente.

Los contextos de almacenamiento de alimentos generalmente producen evidencia negativa en cuanto a otras actividades domésticas: cocción, preparación de alimentos, etc. También se pueden reconocer por concentraciones inusualmente altas y consistentes de polen de las especies que

están siendo guardadas. A menudo, sin embargo, sucede que los depósitos tienden a convertirse en lugares muy húmedos o infestados de insectos y roedores, por lo que su función original puede ser transformada a otra (quizá de basurero).

A pesar de que los contextos de desecho también presentan altas concentraciones de fosfatos, pueden ser reconocidas por la heterogeneidad de los materiales que están en su interior. Generalmente son producto de distintas actividades cuya contemporaneidad absoluta es imposible de establecer, y constituyen lo que Schiffer (1972: 162) ha denominado «desperdicios secundarios». Se trata de información que, a pesar de que puede ser asignada a una ocupación concreta, debe ser tratada con cautela cuando se quiere determinar a qué acciones específicas está relacionada.

Los sectores destinados a la producción de artesanías se reconocen a menudo no sólo por los instrumentos que intervienen en la manufactura, sino por fragmentos de materia prima, desechos, piezas mal terminadas, sectores de depósito de productos elaborados, y construcciones accesorias, como serían los hornos de cerámica. También para estos contextos es necesario analizar no sólo qué artesanía está involucrada, sino qué sectores de la sociedad se benefician de los productos y para qué fines.

Debo introducir aquí el problema del tipo de abandono que el sitio sufrió, con el fin de evaluar qué actividades pueden quedar representadas en el registro arqueológico. Así, hablaremos de abandono súbito en aquellos casos en que la gente intenta, con o sin éxito, escapar de alguna eventualidad natural o humana: terremotos, incendios, inundaciones, ataques, etcétera. En estos casos, los contextos arqueológicos que hallamos representan las últimas acciones que se estaban llevando a cabo, por lo que los hemos denominado *locus agendi*, y ofrecen la información más rica respecto a las diversas actividades.

En contraste, tenemos los casos de abandono paulatino, debidos a fases de desertificación, salinización de los suelos, variaciones en los cursos de los ríos, cambios en las rutas de intercambio, migraciones mesiánicas, etc. En estos casos, la gente que habita el sitio tiene tiempo de escoger algunas cosas que se llevará consigo, dependiendo de los medios de transporte que tenga a su alcance, la portabilidad del objeto, la distancia al siguiente sitio de ocupación, el valor que otorga a ciertos artefactos, sea debido a factores ideológicos, sea a factores económicos; la necesidad que tiene de llevar a cabo ciertas actividades recurrentes y la rareza o abundancia de las materias primas.

Después del abandono, lo que es dejado en el sitio representa una información parcial de las últimas actividades que eran llevadas a cabo, ya que muchos de los principales componentes ya no se encuentran ahí. Schiffer ha denominado a éstos «desechos *de facto*», y, a pesar de que son contextos primarios, no son tan completos como los *locus agendi*.

II. LA UNIDAD DOMESTICA

Una vez que tenemos estudiada una gama de actividades representadas en contextos arqueológicos específicos, el siguiente nivel de análisis es asociarlas a unidades domésticas particulares.

Un grupo doméstico está formado por los individuos que comparten el mismo espacio físico para comer, dormir, crecer, procrear, trabajar y descansar. Los tres criterios básicos que nos permiten definir este concepto son: el de residencia, el de actividades compartidas y el de parentesco (Manzanilla, 1986a: 14).

El correlato arqueológico del grupo doméstico es la unidad habitacional que incluiría la vivienda y las estructuras accesorias para almacenar, preparar alimentos, criar animales domésticos, cultivar hortalizas, etc. Al analizar un sector determinado de un sitio arqueológico es necesario, pues, abordar el problema de la función específica a la que están destinadas las construcciones.

Además, en el estudio de este nivel de análisis, podemos abordar problemas como: la forma de las estructuras utilizadas por una unidad familiar, sus dimensiones y materiales constructivos, la orientación de sus accesos, el tamaño de su área techada, la distribución de las actividades internas y externas, etc. De la comparación de estos factores en varias unidades habitacionales entre sí podríamos derivar fenómenos como el grado de sedentarismo y de cooperación entre los miembros, el tamaño de la unidad doméstica, el nivel de especialización en actividades productivas y de estratificación social, el acceso diferencial a los diversos recursos y, por ende, los tipos de circulación de bienes.

Uno de los ejemplos más interesantes a este respecto es el estudio arqueológico del grupo de la Universidad de Michigan, encabezado por el doctor Kent Flannery, en el Valle de Oaxaca en México (Flannery, 1976). En él, Flannery y Winter (1976) intentaron un análisis comparativo entre las actividades domésticas del Formativo y llegaron a la conclusión de que se podía discriminar entre:

— Actividades universales, como el abastecimiento, preparación y almacenamiento de alimentos, además de la fabricación de ciertos instrumentos.

— Especialización a nivel de ciertos conjuntos domésticos en cada aldea, como sería la manufactura de algunas herramientas de pedernal y hueso.

— Especialización regional de ciertos conjuntos domésticos en algunos sitios, como la producción de ornamentos de concha y pluma, además del procesamiento de la sal.

— Y especializaciones únicas, como la fabricación de espejos de magnetita.

Por otro lado, estos autores intentaron una discriminación entre activi-

dades femeninas y masculinas, como un nivel intermedio de análisis entre el área de actividad y el conjunto doméstico. La hipótesis que guiaba este estudio era que las herramientas femeninas podrían ser probablemente los artefactos de molienda, los braseros de cerámica, las vasijas de cocción de maíz, las fusayolas, las agujas de coser, etc. En contraposición se sospechaba que la mayoría de la talla de pedernal se hizo en áreas masculinas, por lo que compresores de cuerno, puntas de proyectil, bifaciales y raederas, buriles y hachas eran artefactos masculinos. En algunas casas de Oaxaca se observó una diferenciación en la distribución de unos y otros, en sectores opuestos.

III. LA COMUNIDAD

Cuando pasamos al siguiente nivel, el de la comunidad, debemos tener en mente que no sólo se trata de estudio del sitio arqueológico en su conjunto, sino del área de captación de recursos inmediata.

En este nivel analizaríamos problemas como la extensión del asentamiento, la comparación entre sectores domésticos y públicos, la disposición de éstos en el sitio, la densidad de componentes, la distribución de las áreas de circulación y servicios, la existencia de barrios o sectores con especialización, la variabilidad en la estructura social de la comunidad a través del estudio de las áreas residenciales de estatus distinto, la formalización de la zonificación y orientación de las construcciones, etcétera.

IV. LA REGION

El nivel regional de análisis implica, como Flannery (*op. cit.*) estipula, la distribución de los asentamientos en el paisaje regional, en relación al aprovechamiento diferencial de recursos; las relaciones entre las diversas comunidades, la jerarquía económica y política derivada de las distintas funciones de los sitios, etcétera.

Sin embargo, debo destacar, para concluir, que cada nivel de análisis a que hemos hecho referencia, incorpora sucesivamente las conclusiones a que se llega en el nivel anterior y contrasta los resultados con entidades al mismo nivel pero distintas cualitativamente, a fin de llegar a conclusiones más amplias. Fenómenos como el intercambio de productos sólo puede ser evaluado correctamente cuando es posible señalar de dónde proceden las materias primas, quiénes las procesan, quiénes las utilizan o consumen y a qué fines están destinadas.

Por lo tanto, son los niveles de área de actividad y unidad doméstica los que deben tener más peso en un análisis global de las interacciones entre los individuos de una sociedad regional.

BIBLIOGRAFIA

- ADAMS, Robert McC.:
- 1981 *Hearland of Cities*. The University of Chicago Press. Chicago and London.
- ADAMS, Robert McC., y Hans J. NISSEN:
- 1972 *The Uruk Countryside. The Natural Setting of Urban Societies*. The University of Chicago Press.
- BARBA, P., Luis Alberto:
- 1986 «L. La química en el estudio de áreas de actividad», en Linda Manzanilla (ed.): *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividades* (Arqueología. Serie Antropológica 76). Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México: 21-39.
- BARBA, Luis, y Linda MANZANILLA:
- 1987 «Superficie/excavación. Un ensayo de predicción de rasgos arqueológicos en Oztotihuacán». *Antropológicas*, n.º 1. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México: 19-47.
- COHEN, Mark N.:
- 1975 «Archaeological Evidence for Population Pressure in Pre-agricultural Societies». *American Antiquity*, vol. 40, n.º 40, october. Society for American Archaeology, Washington: 471-5.
- FLANNERY, Kent V. (ed.):
- 1976 *The Early Mesoamerican Village* (Studies in Archeology). Academic Press, New York.
- FLANNERY, Kent V., y Marcus C. WINTER:
- 1976 «Analyzing Household Activities», en *Ibid.*: 34-47.
- HILL, James N.:
- 1968 «Broken K Pueblo: Patterns of Form and Function», en *New Perspectives in Archeology*. Binford, Sally R. and Lewis (eds.). Aldine-Atherton, Chicago: 103-142.
- HODDER, Ian:
- 1988 *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Editorial Crítica, Barcelona.
- KENT, Susan:
- 1987 «1. Understanding the Use of Space: an Ethnoarchaeological Approach», en *Method and Theory for Activity Area Research. An Ethnoarchaeological Approach*, Susan Kent (ed.). Columbia University Press, New York: 1-60.
- MANZANILLA, Linda:
- 1983 «La hipótesis demográfica y el origen del Estado: crítica metodológica». *Boletín de Antropología Americana*, n.º 7. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México: 19-28.
- 1986a «Introducción», en Linda Manzanilla (ed.): *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad* (Arqueología. Serie Antropológica, 76). Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México: 9-18.
- 1986b *La constitución de la sociedad urbana en Mesopotamia. Un proceso en la historia* (Arqueología. Serie Antropológica, 80). Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

En «Apuntes para el estudio arqueológico del almacenamiento y la redistribución», prensa *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* (número especial en honor a Alberto Rex González). Buenos Aires, Argentina.

1987 *Cobá, Quintana Roo. Análisis de dos unidades habitacionales mayas del Horizonte Clásico*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM. México.

OATES, Joan:

1972 «Prehistoric Settlement Patterns in Mesopotamia», en Ucko, Tringham y Dimbleby (eds.): *Man, Settlement and Urbanism*. Gerald Duckworth and Co. Hertfordshire: 299-310.

RENFREW, Colin:

1975 «I. Trade as Action at a Distance: Questions of Integration and Communication», en Sabloff, Jeremy A. y C. C. Lamberg-Karlovsky (eds.): *Ancient Civilization and Trade* (a School of American Research Book). University of New Mexico Press. Albuquerque: 3-59.

1977 «Chapter 4. Alternative Models for Exchange and Spatial Distribution», en Earle, Timothy K. y Jonathan E. Ericson (eds.): *Exchange Systems in Prehistory* (Studies in Archaeology). Academic Press. New York: 71-90.

SANDERS, William T.; Jeffrey R. PARSONS, y Robert S. SANTLEY:

1979 *The Basin of Mexico* (Studies in Archaeology). Academic Press. New York.

SCHIFFER, Michael B.:

1972 «Archaeological Context and Systemic Context», *American Antiquity*, vol. 37, n.º 2, abril. Washington: 156-165.

SLYMOUR, Deni, y Michael SCHIFFER:

1987 «12. A Preliminary Analysis of Pithouse Assemblages from Snaketown, Arizona», en *Method and Theory for Activity Area Research. An Ethnoarchaeological Approach*, Susan Kent (ed.). Columbia University Press. New York: 549-603.

WRIGHT, Henry T., y Gregory A. JOHNSON:

1975 «Population Exchange and Early State Formation in Early Southwestern Iran», *American Antiquity*, vol. 77, n.º 2, june. Washington: 267-289.